

RAFAEL LOPEZ

No me cansaré de protestar por qué una calle o un jardín de la ciudad de México no lleva el nombre de Rafael López. Este hombre que sabía tanto y a quien consultaban los más ilustres literatos, permanece en el olvido a pesar de su obra poética y de su entrañable amor por todo lo mexicano. Estuvo muchos años al frente del Archivo General de la Nación y sus amigos nunca pensamos que su nombre iba a ser archivado durante tanto tiempo.

¿Cómo haríamos para enseñar a la juventud moderna lo que fue Rafael como escritor, como maestro de la crónica o como poeta épico para exaltar las virtudes de nuestros próceres mayores?

¿Por qué se habla tan poco de este ilustre poeta, que fue maestro y guía de muchos literatos mexicanos? Olvidado por quienes le dieron enseñanzas y estímulos, desconocido por los intelectuales jóvenes, Rafael permanece en la penumbra y un espeso velo de indiferencia impide que se le recuerde con simpatía o que volvamos a leer su nombre en libros y revistas que ayer lo publicaron con orgullo, admiración y respeto. Rafael López fue uno de los últimos prosistas que cultivaron la crónica, la crítica o el ensayo, para regocijo de los lectores acostumbrados a recibir periódicamente las lecciones amenas de los poetas y escritores más eminentes de México. Aquella prosa que inmortalizó Gutiérrez Nájera, a través de “El Duque Job”, y que ennoblecio el *Viejecito Luis G. Urbina*, no tuvo continuador más brillante que Rafael López, cuando bajo el seudónimo de *Lázaro P. Feel*, publicó unas *hebdomadarias* que fueron encanto y deleite de los lectores en los años veintes.

De Rafael López, su amigo y contemporáneo Alfonso Reyes, dijo:

“...aunque he tratado de Rafael López en varios lugares, siempre tuve la impresión de que me había yo quedado en deuda con

su memoria, y esta impresión se confirma ahora en la deliciosa relectura, pues declaro que cada vez hallo esta poesía más viva y perdurable”.

“¡Qué alegría artística! ¡Qué donaire por dondequiera que pellizque las páginas! ¡Qué resuelta voluntad de hacer bien las cosas! ¡Qué garbo en las frases! ¡Qué vigor monumental! ¡Qué sentido de la unidad poemática! ¡Qué alma en constante vibración de esperanza! ¡Qué mexicanidad espontánea y no traída por los cabellos, tan por encima de los pobres recursos del costumbrismo y tan bien trabada en las perturbaciones universales! ¡Cuánto amor, cuánta luz, fiesta de palabras, cosecha de versos inolvidables, estatuario encanto parnasiano y, a la vez, honda respiración nacional! La musa de Rafael no se avergonzaba de ser patriótica...” Así lo describe, con maestría y entusiasmo, el más alto representativo de la intelectualidad mexicana de los últimos años.

He tomado la cita anterior, del prólogo que para la *Obra poética de Rafael López*, escribió Alfonso Reyes. De las frases con que presenta los poemas de ese mismo libro, recojo estos dos párrafos iniciales de Rafael:

“Esta inconformidad es común en la gente de mi tiempo, en la generación que todavía supo considerar la poesía como parte integrante de la propia vida. En el culto del arte, se procedía religiosamente y así, al escribir, lo hacíamos con austерidad y reverencia, con la idea de que entrábamos a un sagrado recinto poblado de sueños, de ideales, de humana ansiedad. Y aunque visto todo esto a través del intelectualismo contemporáneo parezca demasiado ingenuo, para mí tiene la virtud de los imperativos que nos vienen del corazón.

“Pero aparte de ser este un medio de ejercitar la nostalgia, me atrevo a dedicar este libro a quienes puedan tomar de él su espíritu, en la obra llena de grandeza, sentido y pasión, de crear la fisonomía propia de nuestro solar. Para ello,uento con la actual sensibilidad poética que vuelve un poco a los supuestos de nuestra tarea y que puede entenderla mejor. Por mi parte me sentiría satisfecho —en lo que a cada uno de nosotros toca en la obra colectiva—, con sólo dejar como ejemplo la voluntad que sacudió las hojas y las ramas de ese endeble árbol musical que he llevado conmigo.”

*
* *

Hubiese querido transcribir en seguida algunos párrafos inspirados de sus notables “prosas transeúntes”, o de los artículos que publicó con el seudónimo de *José Córdoba*; pero ello alargaría esta recordación que hago del caro amigo Rafael López, que fue muy mexicano y muy guanajuatense. Hace varios años, y cuando él cumplió diez de haber fallecido, los miembros del Bloque de Obreros Intelectuales le rendimos un homenaje, en que ensalzamos sus merecimientos el recordado y cordial camarada Pedro de Alba y un servidor. Los del BOI no hemos podido obtener que el nombre de Rafael López, de tan alto prestigio para las letras nacionales, sea dado a una calle, a una plaza, a una escuela o una biblioteca de la gran ciudad de México, que él exaltó en sus crónicas con cariño devoto. Cuando en la colonia Santa María se pusieron los nombres de Amado Nervo y de Ramón López Velarde a sendas calles, fue Rafael López el primero en elogiar aquellos actos en dos bellos poemas. Se advierte que hubiese deseado que una arteria de la ciudad llevara su nombre, cuando al referirse a la calle de Amado Nervo, dice:

*Ser nombre de una calle, esto es, en una vena
de la ciudad sentirse como un pulso cautivo,
es una eternidad palpitante y amena
para un poeta espiritual y sensitivo.*

Sería prolijo traer aquí fragmentos de la producción de Rafael. Sin embargo, no resisto al deseo de traer unos cuantos. Veamos dos tiradas de versos, de su *Loa humorística*:

*¿Me pedís versos nacionales?
Id a Silveti, el matador
de toros bravos y puntales;
es él, por méritos cabales,
el amo de nuestro folklore.*

.....
.....
*Juan merece para recuerdo
de su memoria en el futuro
(ven, consonante, que me pierdo)
que lo musicue Miguel Lerdo
y que lo modele Panduro.*

*
* *

Fue amigo fraternal de Nicolás Rangel, historiador y simpático camarada, a quien sus colegas del Archivo General de la Nación llamaban *Nico*. Le dedicó un soneto que comenzaba así:

*A Nicolás Rangel, historiador de bella
pacienza, que en el polvo de ilustres cronicones,
dialoga con virreyes, o bien marca la huella
que en el mundo dejaron Heredias y Alarcóns.*

En *El beso de la Malinche*, que Rafael López dedicó al escritor Alejandro Quijano, queda así definida la figura de la voluble india:

*Tórtola que arrulla bajo la procela
y labra entre tumbas su nido de amor.
Frágil y olorosa raja de canela
en el chocolate del Conquistador.*

Dos recuerdos precisos conservo del maravilloso literato que fue Rafael López: su destortalada oficina en el Palacio Nacional, cuando él era director del Archivo General de la Nación y tenía colaboradores tan valiosos como don Luis González Obregón, Alfonso Toro, Nicolás Rangel y tres o cuatro más historiógrafos e investigadores competentes. Allá íbamos a visitarlo José D. Frías, Samuel Ruiz Cabañas, Xavier Sorondo, Vera de Córdoba y algunos compañeros más, para oír las sabias observaciones de Rafael y escuchar sus sabrosas reflexiones sobre los acontecimientos del día. Cómo se le llenaba la boca al vate Frías, al decirle con énfasis: ¡Rafael!

El otro recuerdo es de la primera Caravana Lírica, que organicé en compañía de él y de Jesús B. González. En lo alto del cerro de La Bufa, en Zacatecas, Rafael recitó el bello poema dedicado a Ramón López Velarde, que principia de esta manera:

*Bajo los diáfanos capelos
que mixtifican estos cielos,
desde hoy vivirá tu memoria;
ave radiante a sol y a bruma,
sin otra mancha entre la pluma
que el polvo de oro de la gloria.*